

corazón, sacudido y puesto en carne viva por un amor humano, se encerró en el estuche de terciopelo que el buen tono le otorga por morada.

Vivió hasta un mes con zozobra, esperando del campesino amante una carta recriminatoria; pero la carta no vino. Era el galán, aunque de aldea, muchacho de buen tono. Y Hortensia, pasado ese tiempo, sonrió tranquila. Nadie en su mundo había sospechado el idilio...

...Y así es como, tras unas cuantas horas de sol, entró un alma en perpetuo crepúsculo y como una vida, que pudo haber sido dulce sonrisa, acaso hasta sonora carcajada, no pasó de ser elegante bostezo.

¿Y el galán? ¿Llora ó ríe en las soledades de su aldea, las noches bañadas por rayos de luna en el huerto, los mediodías abrasados por olas de sol en la era? ¡Quién sabe! ¿Acaso pueda alguien penetrar el secreto de las almas soñadoras, las que nacen con nostalgia de alturas?

ALDEA

rallón de acantilado; los trajines del mar socavando la roca han abierto oquedades donde las aguas braman al subir la marea, y cuando baja, van quedando prendidas al cantil marañas de algas polícromas, y quedan también entre las quebraduras aguas prisioneras que se están muy quietas y muy claras sobre lechos de arena; á veces con el agua quédase aprisionado algún pececillo. Entre el pedrusco corren diminutos cangrejos de mar, y á él se prenden también, constelando de blanco su negrura, las conchas radiadas de las llampas.

II

Descalzos de pie y pierna, hombres y mujeres están en la playa dados á la tarea de recoger el *ocle*. Con largos armatostes de madera van prendiendo las algas y trayéndolas á tierra firme; luego las amontonan á un lado y otro del camino para que allí se pudran y fermenten. El *ocle* fermentado es buen abono, y los aldeanos de Rañueles, que se buscan la vida labrando la tierra, en su codicia por lograr el botín fertilizador, éntanse en el agua hasta la cintura. Hay chiquillos que van y vienen dando guerra; una rapacina ha cogido un alga descomunal, con hojas palmeadas que tienen todos los matices del iris, y prendida á la falda la arrastra por la arena á guisa de cola con vanidoso contoneo; sus compañeras aplauden la invención, y á poco, toda la chiquillería femenina reunida en la playa gasta traje de corte merced á las libe-

ralidades del mar. Las unas algas tienen color de carne, y sus formas recuerdan las de los viejos lotos litúrgicos; otras parecen abanicos de encaje tramado con hilos de color; las hay que forman sartas y racimos de ópalo; las hay ligeras como plumas y amarillentas como marfil antiguo; unas que parecen talladas en pórfido, de formas simétricas y duras, rojas, tachonadas de verde, color de herrumbre, color de esmeralda, color de agua de mar, satinadas, aterciopeladas, bruñidas, inquietas bajo el agua y tentaculares, con extraños estremecimientos y rebrilleos; luciendo cada una su peculiar encanto, y, todas juntas, un encanto fantástico y pomposo de red con mallas vivas; y luego, amontonadas sobre la arena, comidas por las moscas, confundidas y lacias, con las formas deshechas y el color apagado.

—¡Cómo fiede el ocle, rapazas!

III

Malia llegó á buen andar, bajando el camino; entró en la playa, descargó con gallardo ademán el cubo de porcelana blanca que airosamente traía en la cabeza, púsole en tierra y se quedó en pie, mirando el agua, que estaba serena y bañada en luz.

—¡Qué guapa está hoy la mar!, ¿verdad, Malia?—dijo, acercándose, una de las chiquillas.

—Sí que está guapa.

—Y calentina; no se siente en los pies. ¿Vienes á bañarte?

—Vengo á buscar salmoría. Y tú, ¿qué haces aquí?

—Vine con éstas á bañarnos y á buscar margaritas.

—¿Encontraste muchas?

—Ni cuatro pares; estuvieron antes las de Luanco y lleváronse todas las que había. Míralas—La rapacina mostró abriendo la mano seis conchas sonrosadas y pulidas—. Dicen que allí las venden para adornar cajas.

—¡ Mira el vaporín de la mina!

En Rañueles hay una mina que es de hierro; ábrense sus bocas á Poniente sobre la otra playa, y en ella tiene un tosco embarcadero. Cada mañana viene de Gijón un vapor y se vuelve á la tarde abarrotado de mineral; pasa bien cerca de la playa con esa majestad que tiene cuando va flotando hasta una cáscara de nuez; á su paso, una bandada de gaviotas, que en plácida quietud llevaba largo rato meciéndose en el agua, levanta el vuelo chillando agudamente y viene á posarse sobre la arena húmeda. Las rapazas corren hacia ellas; asustadas las gaviotas, vuélvense al mar más prestamente que vinieron, dejando la playa sembrada de plumas blancas y negras; las nenas palmotean.

Entretanto, Malia, después de contemplar un buen rato las olas, que son menudas y espumosas y rebrillean bajo el sol, ha llenado su cubo de agua marina, y volviendo á ponerse en la cabeza, emprende el camino de retorno. Malia tiene quince años, es recia como un roble y rubia como el trigo. Tiene las piernas largas, el busto bien plantado y redondo, el cuello fino y firme, la cabeza pequeña y erguida. Sostiene el cubo en alto con empaque gallardo de canéfora, y marcha con reposo, sin esfuerzo aparente, arqueando los brazos,

ciñendo las manos al arranque del busto. Es el camino pendiente y guijarroso, como abierto que está en la roca brava. Es casi medio día y cae de plano el sol; Malia se vuelve de vez en cuando para ver el mar y sentir en la cara el frescor de la brisa; luego el camino forma un recodo que oculta la playa; ya no se ven las olas, pero se escucha el rumor amansado de su ir y venir; tras el recodo hay una plazoleta; está sombreada por los castaños de dos huertos; á un lado del camino brota una fuente, y bañando las raíces en ella, álzanse cuatro álamos; los zarzales se espesan y hacen valla á los huertos, donde, sobre praderas, descabellan sus ramas los manzanos, cargados de fruta; pendiente arriba una chicuela linda una vaca. Allí, con el ruido del agua de la fuente, se apagan los rumores del mar; el aire pierde sus aromas marinos y empieza á saturarse de olor á montaña, á un tiempo sabroso y fragante; tomillos y mentas, árgomas y pinos, y aquel prado que arriba están segando, y el acre del humo que se escapa de los borrones que en aquel otro campo están ardiendo, atizados por la mozona brava, con rostro de energúmeno y corpachón de Hércules, que endulza la faena fumando un pito mal liado «de lo más fuerte».

IV

Malia entra en el pueblo, que está desparra-
mado por la meseta; las casas son pequeñas,
con tejados en punta. Las más son grises, he-
chas de piedra y barro; pero hay algunas nue-
vas, con balconaje de madera, pintadas con
alegres colores de barca, azules, rojas, color
de sepia; pocas son las que al pie no tienen
un pedazo de terreno cercado, con cuatro co-
les y una higuera; alguna, en el patio de entra-
da, ostenta una panera ó un hórreo, planta-
dos majestuosamente sobre pilotes de mam-
postería. Hay una sola á estilo de ciudad,
con corredor saliente, que forma un pórtico
sobre la portalada, en la cual hay tres huecos:
el central con puertas vidrieras, da paso á la
tienda—única en Rañueles—donde se vende
sidra, cerveza, comestibles, cerillas y alpar-
gatas, amén de otros artículos pertenecientes
al ramo de mercería menuda, tales: agujas,
ovillos de algodón y cintas de hiladillo; la

puerta de la izquierda lleva á las dependen-
cias inferiores, cuadra, corral, pocilga, y la
de la derecha á la vivienda de los amos, que
son señá María Juana la de Rodes y sus tres
hijos.

La casa de Malia está junto á la tienda, y
parece vivir á su sombra; tiene una puerta pin-
tada de verde, partida en dos; durante el día,
abierta la mitad superior, da visos de balcón
al hueco y permite á la luz entrar en el portal,
que es al mismo tiempo cocina; están las pare-
des ahumadas, hay un fogón bajo una masera
con tapa, dos bancos, un vasar y una mesa
pequeña, sobre la cual campa un cubo muy
blanco cubierto con un paño. En el vasar hay
menguado surtido de platos y pucheros, dos
vasos de cristal y una taza; dentro de la ma-
sera un buen pedazo de borona, un puchero
con leche y un puñado de arvejos; entre las
patas de la mesa hay un montón de leña me-
nuda; en el fogón borbotea la pota. En un án-
gulo se abre un pasadizo, y en lo más hondo
de él está el horno; á medio camino está la
puerta del dormitorio; tal es la obscuridad,
que no aciertan á contarse las camas. Delan-
te de la casa se refocila un cerdo, y van y vie-
nen, picoteando, cuatro gallinas; también hay
unos cuantos rapaces, que son los hermanos
de Malia.

V

Los hermanos de Malia son cinco, y su madre Celesta es viuda hace tres años; era el marido pescador en verano y minero en invierno; desde su muerte vive la familia poco menos que como los pájaros: de lo que cae del cielo. Celesta tiene manos de ángel para matanzas, guisandeos y amasamientos; pero en Reñueles hay poco que guisar y sus habilidades no hallan cumplido empleo sino de tarde en tarde, en ocasión solemne de bodas ó de entierros ó en la fiesta del Cristo, en casa del cura. Malia sabe de tijeras y aguja, y corta y cose sayas y corpiños para las aldeanas; el rapaz mozo, Quico, que tiene trece años, está á jornal en una lancha, y los otros cuatro ora *llindan* las vacas de Rodes, ora van al monte en busca de leña, ora gandulean amigablemente en la grata compañía del cerdo, disputándole los tronchos de col, que son regalo del venturoso animalejo.

VI

Malia entra en casa y su madre le sale al encuentro.

—Ya tenía ganas de que vinieras, mujer: trajo Quico una carta y no acertamos á leerla; tómala tú.

¿Por qué milagro de ciencia infusa sabe Malia leer? Cierto que en Rañueles debe de haber escuela, y cierto que la hay guapamente instalada en el pórtico mismo de la iglesia: el tal pórtico es rectangular, techado á teja vana, con pavimento de guijarros, abierto al aire libre por tres de sus costados, puesto que el muro no sube más de un metro sobre el suelo, y no hay entre pilar y pilar de los que sostienen la techumbre postigos ni vidrieras; sujetos con goznes á la pared, hay tablones que suben y bajan y hacen de bancos cuando la escuela está en funciones. En un rincón, una mesa de pino resobada y mugrienta señala el

lugar de la cátedra. En la única pared del fondo, hasta el techo, está la puerta que da paso á la iglesia, y á la derecha mano de esta puerta hay un nicho de media vara en cuadro; embutida en él está la pila del agua bendita, siniestro recipiente de pizarra, y sobre la pila una calavera, y hay en torno de la calavera esta sabia inscripción: «Lo que eres, fuí; lo que soy, serás.» Tal es la escuela de Rañueles; allí, á la sombra del ascético recordatorio, sin duda aprendieron á deletrear muchas generaciones; pero á la hora presente—y ya iban varios años de presente para esta hora cuando empieza mi cuento—nadie aprende en Rañueles á leer, y no porque la ciencia le haya tomado miedo á la muerte, sino porque el maestro habría de ganar treinta duros al año, y las razas de héroes se van enrareciendo.

Malia, sin embargo, sabe leer, y semejante privilegio hácela objeto por parte de los suyos de cierta veneración supersticiosa. Dejado el cubo, toma la carta que su madre le entrega, y mira y remira el sobre, manoseado y sucio.

—¿De quién será, tú?

—Paez que vien de muy lejos por los sellos que trae.

—Abrela y lee.

—Allá voy, madre, tenga paciencia.

Malia no está muy ducha en esto de abrir

cartas; rasgando el sobre, arranca un pedazo de la misiva, la cual viene escrita en amplia hoja de papel comercial con cabecera roja y oro, pródiga en rótulos y medallas; las letras son pocas, redondas y espaciadas, como escritas por quien gustase de hablar poco y claro, y dicen como sigue:

«Habana, á 3 de Mayo de 1903.

Apreciable hermana:»

—¡De Juancho!—interrumpe gritando Celesta.

—¡De tío Juancho!—repiten á coro los rapaces, que boquiabiertos como ánimas de retablo, rodean á la hermana lectora. Y dicen «tío Juancho» en tono enfático y reverencial.

—«Apreciable hermana:»—repite Malia.

—Callai, rapacinos—amonesta la madre—; sigue tú...

—«Apreciable hermana: Sabrás que he decidido volver á España, porque cuando uno se va haciendo viejo le llama la tierra en que nació. Saldré de esta plaza el 1.º de Julio, y llegaré á Gijón del 12 al 13; que vaya tu hijo Quico á esperarme, y tú en esa alquilas una sala para mí en casa de Rodes, porque ya me figuro que en la tuya no habrá lugar para huéspedes; otra cosa será cuando yo vaya.

Memorias á todos los que se acuerden de mí.
Tu hermano que te quiere y verte desea,

Juan Moriedes.»

Terminada la carta, guardaron los oyentes silencio emocionado.

—¡Juancho viene!—dijo al cabo Celesta.

—¡Cuántas perronas traerá!—gritó un rapaz.

—¡Perronas!—arguyó una nena con ironía misericordiosa—, ¡pesetas dirás!

Malia no dijo nada; dió la carta á su madre y empezó á trajinar en la cocina.

—Pero mi alma—le dijo Celesta—, ¿no te alegras de que venga tío Juancho?

Malia hizo un gesto de indiferencia; levantando en vilo el cubo de salmoria, vertióle en la masera, y rompiendo á cantar se enfrascó en la tarea del amasamiento. Celesta, carta en mano, fuese con premura á correr la noticia por el pueblo.

VII

Es el crepúsculo tan sereno y tan plácido que parece que el día se está durmiendo: los pinos del barranco negrean ya, y el mar, de azul que era, vase tornando violeta y gris; estábase quieto, con las aguas ligeramente murmuradoras, pero al hundirse el sol en ellas, comienzan á agitarse y á espumarajear contra el acantilado; también se embravecen sobre las indefensas arenas de las playas—que en Rañueles las playas son dos, una á Poniente y otra á Levante, para acoger al sol cuando llega y despedirle cuando se va, amplias las dos y bien guardadas por baluartes de negra roca. Sobre la playa que mira á Poniente se abren las bocas de la mina; el rojo del hierro va derramándose cantil abajo y ensangrienta la arena de la orilla. Sobre la arena está el embarcadero del mineral: es un artilugio de madera sostenido en pilotes embreados. El agua

espumante llega al primer pilote, y ante él, como asustada, retrocede; torna á acercarse y á retroceder; pero viene otra ola y se estrella brava contra el madero, lamiéndole con lenguas de espuma; y la siguiente se rompe también y escupe más alta la blanca crestería; y la que viene en pos de ella es invasora y rodea el pilar, y satisfecha se desparrama, tomando posesión del terreno que se tiende á sus pies; de pilote á pilote hay arenas doradas, y arena adelante el agua sigue caminando, y marca su camino con curvas glaucas y festones blancos; y llegada al segundo pilar, vuelta á los asaltos y retrocesos y salpicaduras, y vuelta á rodear el embreado leño y á tenderse á sus pies y á seguir el camino arena adelante hasta el cantil; el agua salta sobre los arrecifes que están al pie del murallón; allí suscita fragores temerosos, rugidos y cantos, como de fieras, como de mitológicos monstruos marinos, y las crestas de roca, negras y ásperas, surgen sobre la espuma y parecen moverse á compás del agua. En lo más alto del peñascal un hombre en pie, con los brazos cruzados sobre el pecho, contempla el trajinar de la marea: ve cómo el sol declina y se hunde, cómo las aguas claras se tornan grises, cómo se inquietan, cómo invaden la playa y saltan sobre los arrecifes negros; oye su mur-

murar primero y su rugir después; respira el aire fresco que deja en los labios sabor de sal y en las ropas humedad pegajosa. Así hasta que llega la noche; entonces con larga y amorosa mirada se despide del mar, y lentamente entra en el pueblo; este hombre, que es minero, ha sido muchos años pescador y tiene amores con el mar, y viene á contemplarle todos los días á la hora del crepúsculo. Es un gran poeta que ha nacido en Rañueles del Monte, y que no hace versos porque nunca ha aprendido á leer ni á escribir.